

MADRES DE HIERRO

Las madres en el abuso sexual infantil



María Beatriz Müller • María Cecilia López



Muestra distribuida por la editorial

Índice

Prólogo de María Cecilia López.....	11
Prólogo de María Beatriz Müller	17
Introducción	21
PRIMERA PARTE: CUESTIONES TEÓRICAS	23
CAPÍTULO I: El abuso sexual infantil.....	25
1. Abuso sexual infantil	25
2. El incesto	34
CAPÍTULO II: Una cuestión de género	41
CAPÍTULO III: Las madres como co-víctimas.....	51
1. Triple trauma.....	52
a. Develar el abuso de su hijo/a	53
b. Atravesar múltiples duelos	62
c. Auto-reconocerse como otra víctima.....	73
2. Identificación de la madre con el hijo/a abusado.....	78
CAPÍTULO IV: Algunas consideraciones acerca de las madres en el abuso sexual infantil.....	99
1. Características de las madres en el abuso sexual infantil	99
2. Clasificación de las madres co-víctimas de abusos sexuales.....	107
SEGUNDA PARTE: MODELO DE INTERVENCIÓN	125
CAPÍTULO V: El rol del psicólogo junto a las madres e hijos/as abusados ..	127
1. La función del psicólogo	127
2. Modalidad de intervención con las madres	156
CAPÍTULO VI: Recomendaciones para las madres de víctimas de abuso sexual.....	189
Cómo tratar a un hijo/a víctima de abuso sexual.....	189
1. Cómo observar.....	191
2. Cómo actuar.....	193
3. Cómo conversar	198

TERCERA PARTE: CUESTIONES LEGALES	209
A modo de introducción	211
CAPÍTULO VII: Cómo buscar ayuda legal	213
1. Presentación del problema	213
2. Cómo elegir a un buen abogado	215
3. Cuándo denunciar	217
4. Cómo denunciar	217
5. Tipos de denuncia	218
6. Dónde denunciar	219
7. Dependencias Judiciales	219
8. Las pericias	222
9. El mito de la “falsa denuncia”	223
10. Cámara Gessell	232
11. Cuando todo parece perdido	238
CAPÍTULO VIII: Leyes vigentes	243
1. Marco normativo	243
2. Normativa internacional	243
3. Convención sobre los Derechos del Niño	245
4. Legislación nacional	250
5. Legislación de las provincias argentinas	256
6. Abuso sexual y Justicia Penal	265
CAPÍTULO IX: Legislación en América Latina	277
1. Introducción	277
2. Características por país	278
CONCLUSIONES	355
APÉNDICE	359
BIBLIOGRAFÍA	365

Prólogo de María Cecilia López

Cada vez que una madre ha venido a hacerme una consulta por sospechar que alguno de sus hijos/as podrían estar siendo abusados y luego les he hecho el comentario a mis allegados y/o a mis colegas, en su mayoría, si bien suelen escucharme atentamente y con un gesto de preocupación, terminan diciéndome: “El caso parece demasiado complicado, yo que vos lo derivo... Tal vez no es todo como dice la madre... La historia tiene muchos puntos inverosímiles y ribetes demasiado telenovelescos como para ser ciertos... Seguro que la abusada fue ella y lo está proyectando sobre sus hijos/as... Quizás la madre tenga intereses económicos o sea una resentida con los hombres... Es evidente que la madre tiene un discurso bastante confuso... Por lo que me decís, es muy probable que se drogue... Parecería que la madre es demasiado inteligente como para que se le haya pasado por alto, seguro que es cómplice... La madre parece bastante loca... Cuidado”. Casi nunca en toda mi carrera profesional, al menos en una primera instancia, he escuchado comentarios empáticos hacia las madres de víctimas de abusos sexuales. Siempre son motivo de sarcasmos, de sospechas, de dudas. Son estigmatizadas tal y como en la antigüedad quienes tenían lepra. Las menos instruidas son aplastadas por el sistema judicial que las subestima por no expresarse bien, por no entender los procedimientos legales que deben seguir o por no saberse defender ni contar con los recursos económicos como para pagarse un buen abogado penalista. Las más capacitadas son perseguidas y señaladas como brujas maquiavélicas por ser contestatarias y no conformarse ante las Leyes injustamente interpretadas en contra de los derechos de sus hijos/as. Parecería que nada de lo que hagan puede lavar su imagen pública una vez que han hecho la denuncia contra quien se supone es un buen ciudadano, un padre de familia, un trabajador... En la mayoría de los casos hasta la propia familia se pone en contra de ellas y, a veces, hasta son sus propios padres quienes les cierran las puertas cuando huyendo de sus casas buscan un refugio. En los colegios de sus niños/as, cuando se enteran, también son criticadas

por conflictivas y entre su grupo de amigos/as, poco a poco, les van haciendo un vacío. Parecería que nadie se quiere involucrar con ellas, todos tratan de mantenerse neutrales para no acusar injustamente al sospechado. Es más, ellas pasan a ser las principales sospechosas porque se supone que les han hecho algo así como un lavado de cerebro a sus hijos/as con la finalidad de hacerlos mentir, fantasear con penes, vaginas, violaciones y manoseos para vengarse de sus maridos y sacar un rédito económico de ello. La situación para estas madres es desesperante. Parecería que nadie se da cuenta de que para ellas –ni para nadie– hacer una denuncia penal por abuso no es precisamente un hobby. Parecería que nadie se da cuenta que para hacer una denuncia hacen falta muchos ovarios porque casi siempre son las que más tienen que perder: pierden su casa, pierden el apoyo económico de un marido, quedan casi en la ruina por tener que pagar ellas mismas los costos de psicólogos, abogados, maestras particulares que ayuden a los niños/as con bajo rendimiento escolar por el estrés postraumático... muchas de ellas no sólo se terminan enfermando físicamente y psicológicamente (en general, con diversos tipos de tumores ginecológicos, depresión, ataques de pánico, etc.) sino que, por si eso fuera poco, deben salir a buscar un trabajo por primera vez en sus vidas. Además, el hecho de tomar semejante medida (esto es, realizar una denuncia penal), entre otras cosas, implica tener que aceptar ante la sociedad la vergüenza de haber sido ellas mismas las que también se han equivocado en algo, parecería que nadie cae en la cuenta de lo culpables que ellas se sienten por no haberse dado cuenta a tiempo. Cuando denuncian al agresor de sus hijos/as la vida se les da vuelta 180 grados y ya nunca más serán las mismas. Cuando una madre se decide a defender a su hijo/a abusado pasa a ser crucificada y estigmatizada y discriminada como pocos en nuestra sociedad. Es que nadie les cree del todo, ni aun los mejores intencionados como los mismísimos psicólogos o pediatras. Ni hablar de los abogados (quienes en un 99% de los casos jamás han leído nada acerca de psicología de niños y menos aún acerca del tema de abuso) y que, a pesar de esto, toman estos casos para hacerse de unos pesos y no sólo que no resuelven nada sino que terminan por embarrar más la

cancha al no saber –ni querer saber– las Leyes pertinentes a este tipo de problemas. Y es así cómo, llegado un punto, las madres no sólo deben defenderse del agresor que constantemente las amenaza con quitarles la tenencia de sus hijos sino que, además, deben defenderse de sus propios abogados. Abogados que les piden mucho dinero por anticipado y que, luego de haber sacado un crédito en el banco para pagarles sus honorarios, las dejan en la “pampa y en la vía”, con una mano adelante y una mano atrás, a la espera de otro abogado que no tenga otra intención más que seguir sacándoles plata para no hacer absolutamente nada y que, en el mientras tanto, sigan pasando los meses sin una medida de restricción perimetral para que el abusador no se les acerque; o peor aún, que ni siquiera se tomen la molestia de reclamar renovarla cuando el plazo hubiera terminado. Ni qué hablar acerca de algunos asesores de menores o fiscales que supuestamente están para defender los derechos de los niños/as. Lamentablemente, para gran parte de ellos el niño/a víctima es un número más de las miles de causas por abuso que reciben por año y cuyos expedientes yacen apilados a su alrededor y por todos lados en sus despachos. Están tan saturados de trabajo que ni siquiera se toman la molestia de leer, ya no digo de leer con detenimiento, sino simplemente de leer las conclusiones del informe que tantas horas de trabajo nos lleva escribir a los psicólogos comprometidos con estas causas. Y es así como las madres, cuando caen en la cuenta de esto y lo denuncian en voz alta son literalmente crucificadas por quienes deberían defender a su hijo. Pasan de ser víctimas a ser ellas las ofensoras contra sus ofensores, quienes muy pronto se convierten en las principales víctimas, con más derechos que cualquier otro delincuente. Y así es cómo en cada oportunidad en que sus hijos son llamados a declarar la vergüenza de su historia, los hacen esperar de dos a cuatro y hasta seis horas porque ni siquiera están enterados de que son niños y que su capacidad de resistencia anímica y mental es mucho menor que la de un adulto. Entonces, las madres y sus hijos víctimas deben esperar pacientemente y sin quejarse –para no ofender susceptibilidades– a ser atendidos en lugares sucios, grises y malolientes, repletos de gente gritando sus reclamos, matones

esposados y sentados (generalmente, en el suelo) muy cerca de los abogados de la contraparte, debiendo muchas veces esconderse del propio abusador que merodea impunemente ante sus víctimas, con la intención de amedrentarlos para que se retracten. La verdad es que es muy difícil ser una madre equilibrada en tales circunstancias. Son mujeres que han sido humilladas como madres y como esposas y ahora deben mostrarse ecuánimes, serenas, de buen ánimo, fuertes y con una sonrisa para darles valor a sus hijos. La verdad es que estas madres son de hierro. Defienden como nadie a su prole. Luchan sin tregua, sin descanso, por años y años en los campos de batalla judiciales hasta que sus niños/as alcanzan la mayoría de edad y pasan ellos mismos a hacer valer su propia voz. Son madres de hierro; aunque, por momentos, parecerían fundirse, derretirse del miedo ante tanta amenaza de quien –en general– supieron elegir como “el hombre de sus vidas”, aquel con quienes hicieron el amor confiadas y que luego las traicionó tomando como amantes a sus propios hijos/as. Es muy fuerte, hay que ponerse en su piel. Ellas también son víctimas, ellas también han sido abusadas, ellas también están atravesando un shock postraumático. Tienen derecho a deprimirse. Tienen derecho a levantarse del subsuelo del infierno con ataques de ira. Tienen derecho a tener ganas de asesinar al hombre que les metió mano a quienes consideran una parte de sus entrañas, el motivo de sus vidas. No sería normal no tener ira, no tener ganas de asesinar en tales circunstancias, aunque no lo terminen haciendo; porque, a pesar de todo, siguen creyendo en los valores humanos, en los ideales de justicia. Sí, son madres de hierro, heroínas de nuestro tiempo, mujeres que sin darse cuenta están haciendo historia y que el día de mañana serán motivo de alabanzas por ser pioneras de una nueva Era en donde se respete verdaderamente los derechos de los niños/as, con todo lo que eso implica, no sólo de forma teórica. Sin embargo, hoy por hoy estas madres son acusadas de ser algo así como brujas merecedoras de morir en la hoguera por el simple hecho de ser idealistas, por pretender que sus hijos/as sean escuchados respetuosamente, por reclamar cosas tan básicas como un cuarto especial en los juzgados –con paredes pintadas con lindos colores y mesitas acordes

a la edad de sus niños/as– en donde se puedan sentir cómodos para expresar con el lenguaje que les es propio (el lenguaje de los dibujos y de los juegos con muñecos) su verdad, ofreciéndoles en los peritajes psicológicos y/o psiquiátricos tantas horas como sean necesarias para que ellos entren en confianza y se animen a contar. Quizás esto parezca demasiado ideal en las épocas que corren, cuando todos están apurados y los niños cuentan con poco más de una hora para expresar todo lo que hace años vienen amenazados a callar. Pero, por suerte, la historia ha demostrado con creces que las utopías se hacen reales cuando hay gente dispuesta a luchar por lo que cree justo. Por suerte, cada vez hay más madres de hierro que se animan a gritar –aun con pánico– su historia; siendo, de esta manera, que también le dan ánimo a sus hijos/as a salir de sus miedos, a romper con los secretos. Cada vez hay más madres que son conscientes de que no todo es normal en esta vida y que los chicos nunca mienten cuando relatan con susto y lágrimas en sus ojos detalles sexuales que serían imposibles de imaginar para cualquier niño/a de su edad. Cada vez hay más madres de hierro que están haciendo historia al romper con el tabú social más grande de todos los tiempos: el incesto, que si bien siempre sucedió, nunca fue mencionado sin pelos en la lengua como hasta ahora. Cada vez hay más madres que se están dando cuenta que el hecho de introducir a los niños/as en la sexualidad adulta, siendo que aún no están lo suficientemente maduros –ni física ni psicológica ni emocionalmente–, es lo mismo que pegarles un balazo en su aparato psíquico, que arrancarles el alma. Estamos en un gran momento histórico: cada vez hay más madres que se animan a denunciar este tipo de abusos. Cada vez hay más madres de hierro que, a pesar de no dar con los profesionales adecuados (psicólogos, psicopedagogos, pediatras, docentes, abogados, etc.) que den crédito a sus sospechas no bajan los brazos, se niegan a hacer la “vista gorda” y persisten en investigar y en pretender informarse para defender a sus hijos/as, quienes, en definitiva, serán nuestros futuros mandatarios y profesionales, quienes el día de mañana serán los encargados de criar a nuestros nietos, a la humanidad, a una humanidad que pretende desarrollarse en todas sus potencialidades. Cada vez hay más

madres de hierro que luchan para que sus hijos crezcan sanos mental y emocionalmente, para que no vivan como zombis drogándose de distintas maneras para soportar sus traumas, transcurriendo por este planeta sin memoria, dormidos, repitiendo generación tras generación aquello mismo que sufrieron por creerlo "natural". Cada vez hay más madres de hierro que se rebelan y se replantean las cosas, que ya no quieren ser sumisas ante las injusticias de la justicia ni ante los profesionales que les faltan el respeto escudados en teorías obsoletas que les sirven de muy buena excusa para lavarse las manos. Cada vez hay más madres de hierro que son leales a sus hijos/as por sobre todas las cosas y a pesar de todo y de todos creen en sus hijos/as y en su intuición de madres, a pesar de no contar con la ayuda de quienes supuestamente deberían ayudarlas. Cada vez hay más mujeres que exigen y reclaman por varones verdaderos padres y no meros reproductores y/o progenitores. Cada vez hay más madres de hierro que son luchadoras nobles, que no sólo buscan justicia y una sociedad libre de situaciones abusivas sino que, además, también pretenden formar familias amorosas, con niños/as seguros de sí mismos, con voz propia y radiantes de felicidad, sin temor a expresar su sufrimiento y con el derecho a jugar con juguetes, sin tener por qué ser ellos mismos un juguete sexual de sus adultos. Cada vez hay más madres que ya no están dispuestas a bajar los brazos cada vez que se encuentran con un profesional que no sólo no las ayuda sino que les pone palos en la rueda. Cada vez hay más madres de hierro que están pariendo una sociedad menos resignada. Cada vez hay más madres de hierro que se están agrupando en cada pueblo, en cada ciudad, en cada provincia, en cada país y que, poco a poco, silenciosamente, están constituyendo un ejército de madres que cambiará la historia de la infancia.

Prólogo de María Beatriz Müller

Cuando pensamos en escribir este libro me pareció una idea excelente hablar **de** las madres que protegen a sus hijos o hijas. Luego me di cuenta de que teníamos que hablarle **a** las madres, que ellas necesitan voces y personas que las acompañen, que las comprendan, que puedan aliviar, aunque sea un poco, su dolor, su pena, su incertidumbre.

En los años que llevo dedicándome a la temática del abuso sexual infantil, me he encontrado con muchas madres que nos consultan, que buscan asesoramiento, que traen a sus niños/as a tratamiento. Obviamente existen diferentes tipos de madres, tantos como personas hay en el mundo, porque es indiscutible que cada uno de nosotros es único e irrepetible, pero si hay algunas características que nos permiten describirlas, definirlas, ese es uno de los objetivos de este libro, señalar someramente esas características comunes.

Si bien vamos a mencionarlas a todas, queremos dedicarles este libro a las madres de hierro, esas madres que defienden a sus hijos e hijas como verdaderas fieras, que usan todo lo que tienen para protegerlos, que serán perseguidas por ello, que serán maltratadas por ello.

Es realmente increíble el efecto que las madres de hierro producen en las instituciones judiciales, en los organismos públicos de protección, en aquellos que deben garantizar los derechos de los niños y niñas víctimas.

Son querellantes, dicen, y si, cómo no serlo, si la inoperancia, la falta de conocimiento, la desidia suelen ser las características más sobresalientes de estos espacios.

“Es una loca de m..., viene, exige, grita, demanda...”

Me pregunto, ¿han podido imaginarse lo que estarán viviendo?, ¿alguna vez intentaron ponerse en sus zapatos?

El mundo que habían construido se vino abajo en un instante, el horror del incesto las alcanzó, lo siniestro domina la escena... y además quieren y deben proteger a sus hijos o hijas, y entonces en ese estado de aturdimiento, de confusión, de dolor, inician el camino que imaginan protegerá a sus pequeños...

Pero suelen encontrarse con murallas, con funcionarios insensibles, con incrédulos, con inoperantes, con incapaces y ¿cuál creen que será la reacción de una madre de hierro?, increpar, discutir, demandar, endurecer aún más su armadura de hierro para interponerse a cualquier cosa que ose dañar a sus crías, se interpondrán entre el agresor y los chicos, entre los funcionarios y los chicos, entre el juez y los chicos, tratarán de cubrirlos, de protegerlos, de evitarles los nuevos sufrimientos que pretenden imponerles los que dicen saber de estos temas...

Entonces, ¡cómo no van a reaccionar!, ¡como no se van a enojar!, ¡como no se van a enfurecer!, si otra vez se repite la dinámica abusiva: aquellos que te deben proteger te lastiman, te maltratan, te ningunean...

La frustración, el dolor, la incertidumbre, y el miedo... muchas veces el miedo domina la escena, las amenazan con quitarle los chicos, no les creen, las tratan de mentirosas, de locas, de violentas.

El agresor ya le había dicho..., veladamente, a solas, sin testigos, que no pararía hasta quitárselos, que no sabía en lo que se estaba metiendo, que no sabía de lo que él era capaz...

Todo ese andamiaje jurídico-administrativo parece darle la razón, y lo más loco es que le creen a él, pasa a ser la víctima en esta situación, "el pobre padre que no puede ver a sus hijos porque esa alienada no lo deja, porque esa desquiciada inventó una historia de abuso y se la hace repetir al niño/a".

Pero también queremos corrernos del lugar de hablar de los funcionarios y jueces y les queremos hablar a los funcionarios y jueces, para que recorriendo estas páginas puedan comprender y entender un poco más la compleja dinámica del abuso sexual de niños, niñas y adolescentes. Tratar de acercarnos desde lo cotidiano, desde el contacto directo con las madres y con los

pequeños, transmitir nuestras vivencias y que podamos llegar a sus corazones, además de llegar a su razón, porque la combinación de corazón y razón es lo que hace falta para ser justo, ético y humano, atributos fundamentales para el abordaje de este tipo de situaciones. Espero que podamos ofrecer algunas respuestas, algunas explicaciones, algunas fundamentaciones que les puedan ser de utilidad a la hora de enfrentarse a una madre de hierro.

Entonces, es a ellas a quienes queremos dedicar este libro, a ellas que pelean por sus hijos y para intentar que el resto de los actores puedan llegar a comprenderlas. Me gustaría que los que elijan leer este libro puedan entender qué cosas ocurren cuando un niño o una niña es abusado o abusada sexualmente, para que de una vez por todas quede claro que el abuso sexual infantil no es una fantasía, no es algo que ocurre en los barrios pobres, no es algo que pasa lejos de mí. Los y las invito a reflexionar y recordar, piensen si alguna vez no vivieron una situación de abuso, si no la vivió algún conocido o alguien cercano, sean sinceros con ustedes mismos y enfrentemos juntos esta realidad que nos sigue golpeando día a día.